

¿El fin de la gran música en México?

Las noticias y las opiniones de expertos son cada día más alarmantes: la música llamada clásica se extingue en México a causa de una burocracia inculta e incapaz. No hace mucho tiempo, los medios informaban del escaso apoyo del CONACULTA hacia la música culta y el total desinterés hacia ella de la Secretaría de Cultura del D.F, tan adicta a la chabacanería sobre todo en manos de Raquel Sosa. Efectivamente, no hay apoyo a esta clase de arte, todo el esfuerzo se concentra en la cultura popular, ésa que por su facilidad y amplia difusión de los medios electrónicos no requiere del apoyo estatal. Se le da en exceso porque significa votos y los partidos políticos, en su búsqueda del poder, los requieren con urgencia y entonces han encontrado un frágil puente con grandes públicos que acuden al Zócalo, a las plazas públicas o a los mismos recintos académicos en busca de esparcimiento barato o gratis e inalterablemente elemental. Carecemos, por último, de una política cultural razonable e inteligente, sensible y capaz de considerar las exigencias y necesidades de toda clase de individuos sociales. No todos en el país quieren escuchar “tocadas de rock”, sesiones interminables de tríos y mariachis o cantautores de dudosa calidad.

En México las artes habían contado con el apoyo del Estado, particularmente durante el periodo de José Vasconcelos y tal soporte se transformó en una tradición de política cultural. Pero en los últimos años ha

decaído merced a la ignorancia y a las conductas populistas de los dirigentes o simplemente a causa de su desinterés. La buena música no tiene mayor respaldo, como en otras partes del mundo, del gobierno o de la iniciativa privada. Mejor dicho, escasean las ayudas. Los músicos sinfónicos están mal pagados y ni siquiera son tratados con el debido respeto por las autoridades y la sociedad mayoritariamente acostumbrada a los espectáculos de corte popular masivos. Se salvan algunos solistas que consiguen éxito en el extranjero. Los esfuerzos de los músicos por consolidarse, con frecuencia caen en el vacío, como ha sido el caso de la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México. El país cuenta con muchos más directores que orquestas. Como si esto fuera poca cosa, se han dado momentos en que un solo director ha tenido bajo su batuta dos o más orquestas. La vida musical en México languidece sin orden ni concierto. Para comprobar la falta de interés del Estado, ver en este mismo número el artículo de la distinguida pianista María Teresa Castrillón.

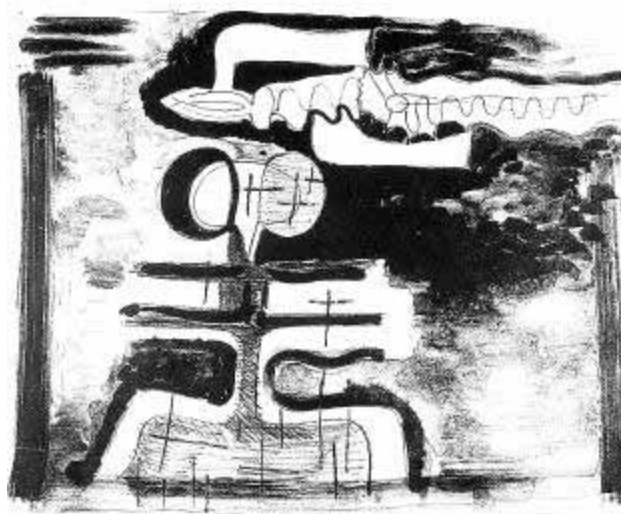
Sin embargo, nada de esto, pintado con rapidez, ha desanimado a músicos y a admiradores de la buena música. A pesar de todo, hay un público fiel e intenso que acude a la ópera o a escuchar a un buen director de orquesta, a un solista afamado o que va en busca de una excelente grabación. El problema, pues, no es que se extinga la música, es que permanece estática mien-

tras la atención se concentra en tareas de cultura popular con una ecuación barata: diversión y entretenimiento igual a votos y a la atención de los medios de comunicación, con frecuencia insensibles a los problemas que aquejan a la ópera, la música sinfónica y al ballet. Las publicaciones sobre el tema son escasas, poco apoyadas y jamás estimuladas, son actos de un insólito heroísmo, los nuevos compositores son raros, las orquestas no consiguen la calidad tonal que requieren para competir internacionalmente y los cantantes de ópera buscan en Europa o en Estados Unidos lo que en México no encuentran para tener éxito. Un país ahora parco con los salarios y miserable con las oportunidades. Tampoco el apoyo a las instituciones donde se imparte la educación musical es notable, al contrario, disminuye como ocurre en las universidades públicas. Las autoridades del país se han hecho célebres por su distancia con la cultura, con las artes, por su enemistad con la educación artística. Y lo mismo que sucede bajo la administración foxista le ocurre a las más recientes autoridades capitalinas, de Rosario Robles a Alejandro Encinas, pasando, desde luego, por la de Andrés Manuel López Obrador en cuyas manos se extinguió, por ejemplo, el conjunto Ollin Yoliztli y decayó notablemente la Filarmónica que condujeron magistralmente maestros como Luis Herrera de la Fuente y Enrique Bátiz.

También está otro aspecto. Si hace ya muchos años, los nacientes medios electrónicos se apoyaron en la música clásica y en los cantantes de ópera, hoy la radio y la televisión son casi ajenos a la música sinfónica o a un cantante de ópera, al contrario, se han poblado de figuras de escaso talento y con una clara tendencia a la frivolidad y al escándalo. Las publicaciones, revistas y diarios, poco se ocupan de temas musicales, la crítica orientadora apenas aparece y cada vez hay menos radio-difusoras dedicadas a la buena música. Bajo tales condiciones, los organismos culturales del Estado deberán entender la importancia de la música y algo semejante

tendrá que ocurrir entre aquellas personas que aman el arte de la música: revitalizar su culto y exigir apoyo y la creación de patronatos que mantengan satisfactoriamente las necesidades de la vida cultural amplia, intensa y armónica. México, en materia artística, no es un país atrasado, al contrario: pintores como Rivera, Orozco, Siqueiros, Tamayo, Cuevas y Toledo, músicos como Ponce, Revueltas, Chávez, Moncayo, Galindo y Herrera de la Fuente, escritores como Azuela, Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Octavio Paz le han dado un brillo singular. De lo contrario, aquellos que como el compositor norteamericano premio Pulitzer en música, John Corigliano, autor de la partitura del filme *The Red Violin*, ganadora de un Oscar, cuyas obras han sido dirigidas, entre otros, por Seiji Ozawa, seguirán afirmando que la música podría entrar en su total decadencia, al menos en México. Ello es grave: nadie podría imaginar un mundo sin música, sin la música que ha acompañado al ser humano desde muy tempranas fechas, lo ha enaltecido y ha mantenido muy erguido su espíritu.

El Búho



Juan Soriano